

Que Dios me la bendiga

Los encontré afuera del Terminal Rodoviario, sentados en el suelo y junto a un montón de maletas, bolsos, sacos, frazadas y coronando la ruma sobresalía una enorme mochila que parecía que iba a reventar de llena. Un variado y pesado equipaje, pero no menos que sus esperanzas.

Testimonio de su condición de viajeros informales, de inmigrantes en busca de mejores condiciones de vida, de un futuro más confiable si es que no les toca regresar antes a su país.

La madre con su guagua de casi un año en brazos y junto a ellas un pequeño de unos tres. Más allá juegan felices sus otros hijos: una lola de 15, un niño de 10 y otro de 8. El marido ha salido a comprar pan y bebidas.

Dejando de lado la mirada perdida que precedió a mi llegada, esboza una sonrisa que me obliga a detenerme y a saludarla con un hola que intento pronunciar de la manera más amable y simpática posible. Antes de decirle nada, cruza por mi mente un relampago: ¿cómo habrá podido esta gente caminar cientos de kilómetros, arrostrando el frío y la puna, para trasponer el límite y embarcarse en un bus hasta Arica?

Stephanie me atrapa con sus ojos oscuros, no más negros que su tez. Observo su físico, una fisonomía que se nos ha hecho familiar y sobre lo cual una amiga comentó una vez en forma harto burlona: ¿cómo se explica que Venezuela haya ganado siete títulos de Miss Universo, si ahora estamos viendo que este es el verdadero biotipo de las venezolanas? Pienso que esas misses no deben de estar en Venezuela, sino en otros países, disfrutando todavía, bien casadas y empleadas, del hecho de haber sido coronadas en su momento como “la mujer más bella del mundo”, cosa que no es cierta. Lo que sí es cierto es que la casi mayoría de las venezolanas no son como las que triunfaron en la pasarela mundial y que éstas, a su vez, no son ni siquiera mestizas.

Stephanie responde sí al prototipo de millones de venezolanas inmigrantes que enfrentan una aventura difícil e incierta.

- Nosotros hemos sido empujados a salir y arrancar de ese infierno. Allá hemos dejado nuestra casa, nuestras cosas, nuestro modo de vida, nuestros proyectos, también nuestros viejos. Soñamos con traerlos a ellos junto a nosotros, algún día... Dicen que Chile es bueno y... aquí estamos ...

Me atrevo a preguntarle qué es lo que piensan hacer ahora. Divago mentalmente inquiriendo cómo se puede mudar a una guagua estando en la calle, dónde y cómo van a dormir esta noche, cómo van a alimentarse. Y hay algo que me aterra: ¿será posible vivir sin servicio higiénico?

Mientras yo divagaba, Stephanie explicaba que no lo tienen muy claro. Disponen de poco dinero, quizás lo suficiente para mantenerse en un alojamiento por unos días. Lo que venga después, no puede ni siquiera imaginárselo. Al terminar, agacha la cabeza.

Pienso, pragmáticamente que lo primero que requieren es dinero, que lo tienen en escasa cantidad y va a agotarse demasiado pronto. Le comento que lo más práctico sería que su esposo encontrara algún trabajo...

-El es mecánico.

-Es una buena profesión. Pero, la verdad de las cosas es que en Arica no hay mucho trabajo...

Me arrepiento de haber sido tan pesimista, brutalmente negativa, y entonces trato de enmendar la plana:

-Lo cierto es que hoy la vida está difícil en todas partes, pero hay que tener fe.

Fue como un haraquiri: ¿qué es tener fe?, ¿todos los que tienen fe tienen también su vida asegurada?, ¿la tengo yo verdaderamente? ¿Y cómo sirve la fe para afrontar el hambre, las privaciones, los temores, la discriminación en ciernes? Me abrumo, me siento casi o peor que si fuera una inmigrante.

El niño de 3 años le pide jugo. Stephanie saca una botella de un bolso de género y la acerca a la boca de su hijo. Los dos niños mayores se acercan a pedirle galletas. La niña preadolescente se queda mirándonos sonriente.

Creo que llega el momento de la verdad. Tengo que hacer algo por esta familia. Darle a Stephanie unas monedas sería como una burla. No, tiene que ser más. Pero, ¿cuánto, si no estaba preparada para esto y no llevo mucha plata? En verdad, no manejo plata, no me sobra la plata. Finalmente, me decido. Me duele, pero saco el único billete azul que llevo. También me duele que para las necesidades de ellos sea insuficiente. Terrible ironía: darlo todo y no dar nada...Discretamente, doblo el Arturo Prat en cuatro y se lo entrego a ella puño a puño, como saludo de despedida.

-Gracias, señora, que Dios me la bendiga...

Esa frase me sumergió en profunda meditación. Comparada mi suerte con la de Stephanie, a mí Dios me ha bendecido enormemente ¿No debiera bendecirla a ella más que a mí? ¿Acaso es injusto? No, es la sociedad la injusta. Entonces me cayó la teja: es cuestión de solidaridad y fraternidad, porque muchas gotas llenan un vaso y hasta pueden hacer que rebase. A propósito, si con sincera conciencia de civismo y fraternidad (el Padre Hurtado definió estos dos conceptos como patriotismo), los llamados a hacerlo se esforzaran por mejorar las estructuras socio-económicas, entonces sería posible multiplicar los panes y los peces.

Es que inesperadamente me vino el recuerdo de Jesús rodeado de una multitud, junto al lago de Galilea.

Aquella vez, El interpeló a sus apóstoles: “Den ustedes de comer a la muchedumbre”. Mientras los apóstoles se miraban asombrados unos a otros, Jesús organizó a la gente en grupos de cien y de cincuenta, bendijo los cinco panes y los dos peces existentes y conjugó su voluntad de multiplicarlos, para finalmente ordenar a los apóstoles que distribuyesen.

Según una interpretación libre, los alimentos siempre están. Pareciera que son escasos, pero tal como dice el evangelio, alcanzó para todos e incluso sobró. Entonces, lo que falta es repartirlos. El Padre Hurtado ya demostró que eso es posible.